

El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce

U. Eco y T. A. Sebeok (eds.).
Barcelona, Lumen, 1989, 332 págs.
(Traducción de E. Busquets)

¡ABDUCCIÓN, QUERIDO WATSON!

«Acerca de las cosas invisibles, acerca de las cosas mortales, los dioses tienen conocimiento claro; pero para los hombres sólo existe la posibilidad de juzgar a partir de signos.»

Alcmeón de Crotona

A partir de signos (o síntomas, indicios, huellas, vestigios, improntas o trazas) es como investiga el cazador, el médico, el historiador, el filólogo y el detective. Es lo que permite unir los nombres de *Dupin* (creado por Poe, quien para muchos inaugura la «detective story»), a Charles Sanders Peirce (padre de la semiótica, «el más inventivo y el más universal de los pensadores americanos», según palabras de Roman Jakobson) y a S. Holmes.

El pitagórico Alcmeón de Crotona, autor del exergo, era médico, como Conan Doyle, que se inspiró directamente en el Dr. Joseph Bell de Edimburgo —de excepcional habilidad en el arte del diagnóstico— para crear su personaje, como Freud, quien en su *Moisés de Miguel Ángel* cita a un ruso, Iván Lermolieff (en verdad, Giovanni Morelli), cuyo método, dice desde el comienzo del ensayo, se encuentra emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. El italiano Morelli, licenciado en Medicina, era historiador del arte y autor de una metodología de la atribución que consistía en examinar los detalles más difusos y menos influenciados por las características de la escuela a la que un pintor determinado pertenecía: los lóbulos de las orejas, las uñas, la forma de los dedos, de las manos y de los pies. Haciendo así Morelli descubrió una *Venus del Giorgione* que hasta entonces había sido considerada una copia de Tiziano.

Hay, pues, en efecto, una conexión entre la utilización de los síntomas por Freud, de los indicios en el caso de Sherlock Holmes y de los signos pictóricos por parte de Morelli. Todos ellos formarían parte de lo que el historiador Carlo Ginzburg ha dado en llamar «modelo conjetural». En un texto, «Espías. Raíces de un paradigma indiciario» —que en la versión española aparece como «Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico», uno de los once capítulos de este libro que comentamos y que ya había aparecido en el «reader» compilado por Argani, *Crisis de la razón*, y en el, más reciente, libro del propio autor, *Mitos, emblemas, indicios*—, Ginzburg expone un modelo epistemológico que en sus mismas palabras surgió silenciosamente en el siglo XIX en el ámbito de las ciencias sociales y que no ha recibido la atención que merece. Se trata, ya lo hemos dicho, del «modelo conjetural» o en la inevitable terminología khuniiana, «paradigma indiciario». Desde la medicina hipocrática que clasificó sus métodos mediante el análisis del concepto central de *semeion* (síntoma) a la antigua fisiognómica árabe basado en la *frasa*, tér-

mino venido de la filosofía sufí que significaba la capacidad de pasar de lo conocido a lo ignoto mediante inferencia a base de indicios, pistas... Desde H. Walpole, cuyo personaje *Serendip* dio pie al concepto de «serendipity», con el que se designa a los descubrimientos afortunados y sorprendentes realizados gracias al azar y a la sagacidad, o *Zadig* de Voltaire («vi en la arena las huellas de un animal, y fácilmente deduje que eran las de un perrito...») hasta Poe y Gaboriau..., Ginzburg, en un excelente y erudito trabajo, va rastreando la presencia de un saber basado en la inferencia a través de cientos de nombres, entre los que no podía faltar Charles Sanders Peirce.

Peirce, del que se advierte que se debe pronunciar *Pers* (los franceses dicen *Peurs*), si bien no se licenció en Medicina, consta que se apropió de la estupenda biblioteca de un médico, su tío Charles. Sebeok, que amén de compilador escribe dos capítulos en este libro, entregado por igual a la zoosemiótica (y últimamente a inventar virtuales códigos para virtuales extraterrestres caso de un virtual desastre planetario) y al culto a la personalidad de Peirce, cuenta cómo éste jamás fue al médico en busca de diagnóstico —se bastaba él mismo—, sino en busca de recetas.

Peirce distinguió tres formas de inferencia: deducción, inducción y abducción. La deducción prueba que algo debe comportarse de una forma determinada; la inducción, que algo se comporta fácticamente así, y la abducción, que presumiblemente algo se comporta así. El ejemplo clásico de Peirce es el siguiente:

Deducción:

Regla: Todas las judías de este saco son blancas.
Caso: Estas judías son de este saco.
Resultado: Estas judías son blancas.

Inducción:

Caso: Estas judías son de este saco.
Resultado: Estas judías son blancas.
Regla: Todas las judías de este saco son blancas.

Abducción:

Regla: Todas las judías de este saco son blancas.
Resultado: Estas judías son blancas.
Caso: Estas judías son de este saco.

De la abducción, también denominada por él retroducción o hipótesis, da cuenta Peirce de varios casos que a él mismo le sucedieron; uno, ampliamente relatado en el libro, es el conocido caso de Peirce como detective descubriendo «por abducción» al ladrón que le robó en el vapor *Bristol*, que le llevaba de Boston a Nueva York, un reloj de pulsera Tiffany; otro es el siguiente:

«Una vez desembarqué en un puerto de una provincia turca, y de camino hacia la casa que iba a visitar me encontré con un hombre a caballo, rodeado de cuatro jinetes que sostenían un baldaquín sobre su cabeza. Como quiera que el gobernador de la provincia era el único personaje que podía suponer que gozaba de semejante honor, inferí que se trataba de él. Esto fue una hipótesis.»

No es necesario ser un conspicuo lector de Doyle para imaginarnos a Sherlock Holmes razonando de modo análogo: podíamos colegir entonces que es *abducción* el tipo de pensamiento conjetural que efectúa el detective británico, si bien el famoso lógico finés Jaako Hintikka, autor de dos capítulos en este libro, no sólo no cita a Peirce, sino que se refiere a la lógica, a la deducción (sic.) y a la inferencia en Holmes. En el primero de los ensayos, «Sherlock Holmes y la lógica moderna: hacia una teoría de la búsqueda de información a tra-

vés de la formulación de preguntas», defiende la llamada por Holmes «Ciencia de la Deducción y del Análisis». Si, como se sabe, a partir del *Tractatus* de Wittgenstein las verdades lógicas son tautológicas, o, lo que es lo mismo, no aportan información, el método de Holmes, abducción para Peirce, supone una aportación a la lógica filosófica según Hintikka. Lo que hace Holmes en sus llamadas deducciones no es tanto sacar inferencias explícitas de premisas explícitas. Con frecuencia, dice Hintikka, extrae de una masa de información de fondo no asimilada las premisas adicionales pertinentes por encima y al margen de las que se hubieran anunciado como tales, de las que puede sacarse la conclusión aparentemente sorprendente por medio de nuestra familiar lógica deductiva común. Lo importante son las preguntas: una pregunta puede ser mejor que otra en el sentido de que las respuestas a la primera serán más informativas que las respuestas a la segunda. El proceso de activación del conocimiento tácito es controlado por las preguntas que sirven para hacer efectiva esta información.

Mediante el estudio de las preguntas, y del modo en que limitan sus respuestas, es como Hintikka estudia la «Ciencia de la Deducción» holmesiana tal como la describe el Dr. Watson en *Estudio en Escarlata*.

Umberto Eco, además de compilador, contribuye con un texto, «Cuernos, cascos, zapatos: algunas hipótesis sobre tres

tipos de abducción», donde su pasión por la taxonomía le permite distinguir tipos de abducción (hipocodificada e hipercodificada...), así como hablar de meta-abducción y relacionar el problema de la definición en Aristóteles (*Análiticos segundos*) el tercer capítulo de *Zadig* de Voltaire, las teorías de Peirce y las abducciones de Holmes.

En un pasaje de su texto metacomunica la justificación de un libro tan aparentemente inconexo como éste, donde hay aportaciones no comentadas de semiólogos, psicólogos sociales, filósofos, etc.: «Los descubrimientos científicos, las investigaciones médicas y criminales, las reconstrucciones históricas, las interpretaciones filológicas de textos literarios (atribución a un autor determinado fundada en claves estilísticas, *Fair guesses* sobre frases o palabras perdidas) son todos casos de *pensamiento conjetural*.

Esa es la razón por la que, creo yo, el análisis de los procedimientos conjeturales en la investigación criminal puede arrojar una nueva luz sobre los procedimientos conjeturales en la ciencia, y la descripción de los procedimientos conjeturales en el campo de la filología puede arrojar nueva luz sobre la diagnosis médica. Y esta es la razón por la que los trabajos del presente libro, aunque traten de la relación Peirce-Poe-Conan Doyle, constituyen una aportación de carácter más general a la epistemología.

Jorge Lozano

Stampa, Radio e Propaganda. Gli alleati in Italia (1943-1946)

Alejandro Pizarroso Quintero.
Milán, Franco Angeli, 1989, 313 págs.

Un historiador español, profesor de Historia del Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, ha publicado en Italia un volumen sobre la propaganda y el control de los medios de comunicación bajo el régimen de ocupación aliado en Italia de 1943 a 1946. La obra se publica dentro de la Colección del Centro Studi sul Giornalismo Gino Pestelli di Torino, que alcanza con este volumen su vigésimo número y que ofrece un excelente panorama de monografías sobre historia de la prensa italiana e internacional. La obra del profesor Pizarroso se basa, sobre todo, en documentación original procedente de la Sección Militar de los National Archives de Washington, así como de otros archivos italianos y también británicos. Incluye además un apéndice que reproduce una interesante selección de estos documentos.

Un grupo de periodistas ingleses y norteamericanos, todos ellos muy jóvenes y en uniforme militar, al lado de otros ofi-

ciales de carrera, tuvieron por delante la tarea de «imponer» el retorno a la libertad de prensa en un país ocupado. Sus éxitos y sus errores dejaron una huella reconocible, hoy todavía, en el mundo de la prensa y la radio italianas. En un informe oficial de 22 de agosto de 1944 podemos leer lo siguiente: «Un experimento único en la historia del periodismo y quizá único en la historia de la guerra, es decir, la institución de la libertad de expresión de la palabra impresa en una población de ex enemigos que no había gozado de tal facultad durante dos generaciones, y la promoción de una prensa libre en un país que era todavía teatro de operaciones.» Estas palabras se deben a la pluma de Ian S. Munro, entonces teniente coronel del ejército británico y que, con sólo veintiocho años de edad, era el máximo responsable ejecutivo del Psychological Warfare Branch (Sección de Guerra Psicológica) y del Allied Publications Board (Junta Aliada de Publicaciones).

Durante la Segunda Guerra Mundial, la batalla de la propaganda y de la información tuvo una gran relevancia. La situación se había modificado respecto a la Primera Guerra Mundial: había aparecido un nuevo canal de propaganda, la radio, y algunos países fueron ocupados durante largos periodos, lo que no sucedió en la misma medida en la Gran Guerra. En 1939, mientras que las potencias del Eje disponían ya de sólidos aparatos de propaganda al comienzo de las hostilidades, los aliados hubieron de improvisarlos sobre la marcha. En el caso británico, la experiencia de la Primera Guerra Mundial, la experiencia colonial y los programas en lengua extranjera de la BBC fueron suficientes para dar vida a un sistema mínimamente eficaz. Los americanos, en cambio, partían casi de cero. Ingleses y norteamericanos crearon distintos organismos civiles para emprender estas tareas de propaganda y, dentro de sus respectivos Ejércitos, reclutaron a periodistas con experiencia que colaboraban con otros oficiales de carrera.

En la Gran Guerra, la propaganda alemana, rígidamente dirigida por el Ejército, fue un fracaso, sobre todo si la comparamos a la eficacísima propaganda británica dirigida, por